

Juan-Miguel Álvarez Domínguez

LA ESQUELA DE GENARÍN

Pequeño estudio histórico-bufo sobre su vida y muerte

En 2001 sepultamos bajo la gruesa losa del tiempo pretérito al siglo XX, encerrando en el arca del pasado una riqueza de varios cuatrillones (por poner una cifra aproximada) de acontecimientos y eventos de muy diversa naturaleza y condición. Todos los años, de 1901 a 2000, dejaron su impronta en la memoria universal. El 29 ha contribuido con un notable puñado de hechos a este acervo con el que se van tejiendo las diferentes ligazones intergeneracionales de la Humanidad. Quizás, el suceso que más se ha grabado en el recuerdo colectivo lo protagoniza un impactante hecho bursátil, el *crack* de la bolsa neoyorquina. Aquel terremoto financiero que tuvo como epicentro a *Wall Street*, se expandió por América y Europa como un *tsunami* que hizo temblar los cimientos de una décima parte del mundo, la capitalista. Pese a aquella convulsión, y tras cobrarse sus correspondientes víctimas, dicho sistema se expandió por el orbe hasta convertirse en el «macho dominante» de la manada y derrotar a los dos mayores adversarios que le salieron al paso: los fascismos de Hitler y Mussolini y el imperialismo nipón, y los comunismos de Estado.

En el ámbito religioso, la Italia de don Benito y la Santa Sede del Papa Pío firman el Pacto de Letrán; por él, se reparten la Ciudad Eterna en dos porciones heterogéneas en tamaño: Roma queda en manos del *Fascio*, y el Vaticano y alrededores en las del Sumo Pontífice del Catolicismo. También de origen itálico, pero establecido en el Chicago de los bajos fondos, Al Capone ordena, en aquel febrero del veintinueve, uno de los crímenes de la Mafia más famosos y popularizados por el Séptimo Arte, el que ha pasado a conocerse como la Matanza de San Valentín. Sin salirnos de EEUU, el historietista (por respeto al Cómic no confundir el término con el de historiador) Elzie Crisler Segar crea el personaje de Popeye el Marino.

En un salto de longitud de récord olímpico avanzamos varios meridianos en el globo terráqueo hasta alcanzar Moscú. Desde allí, el «compañero» José Stalin expulsa de la URSS al otrora «querido camarada» León Trosky, uno de los líderes de la Revolución bolchevique y «padre» del Ejército Rojo. León inicia un peregrinaje que, una década después, le llevaría a toparse con el «piolé asesino» que la mano siempre larga del gran *Padrecito* soviético hizo empuñar a Ramón Mercader. Abandonando la fría «Madre Rusia» azotada por el régimen dictatorial estalinista y sus

purgas, este recuerdo cronológico se acerca al extremo occidental del continente euroasiático (como en la oca, de dictadura de izquierda a dictadura de derecha, y tiro por que me toca), a la península Ibérica, que estaba regida, en su mayor parte, por el general Miguel Primo de Rivera. En la España del progenitor de José Antonio algo se tambaleaba. Los disturbios estudiantiles y obreros se sucedían, y a primeros de año estalló una rebelión levantina y armada; no obstante, el gobierno del militar jerezano aún disfrutaba de dos floridos momentos de gloria, los que, a modo de preludeo del 92, significaron las exposiciones Iberoamericana de Sevilla e Internacional de Barcelona. Mientras, al rey Alfonso XIII, y a todos los monárquicos patrios, se les moría en Madrid en el mes de febrero la Reina Madre, María Cristina de Habsburgo-Lorena.

Para llegar a la etapa definitiva de este periplo de efemérides ha de salirse de la capital matritense en dirección a La Coruña, y habiendo recorrido la mitad del camino hasta la ciudad herculina, a la altura de Benavente, se ha de tomar el desvío hacia la vieja urbe de la Legio VII. En aquel modesto rincón de la geografía guarecido a la umbría protectora de las choperas, y transcurrido mes y medio desde las pomposas honras fúnebres de la soberana, se producía otro óbito, que tuvo mucho de imprevisto por lo accidentado de sus circunstancias. Un deceso que, a codazos poéticos y étlicos, hallaría su hueco entre la nómina anterior que desde los Estados Unidos nos ha llevado a Rusia, sobrevolando Roma y Madrid. León también figuraría en la lista de acontecimientos relevantes del año veintinueve, y no sólo por la onomástica de Trosky.

La involuntaria víctima del infortunio fue un hombre ya sesentón y, al parecer, de baja y hospiciana cuna, sin duda antítesis de la de María Cristina. En aquellas datas de finales de marzo León estaba sumido en el ambiente luctuoso y casi invernal de la Semana Santa. Seguía siendo un pueblón grande, la mayor cabecera comarcal de la provincia, que continuaba guareciendo su cuerpo dentro del cinturón de las murallas. Fuera del pétreo valladar romano-medieval tan solo aventuraban dos tipos de avanzadillas: por el Ensanche y hacia el río Bernesga, la de la elegancia y los lujos del rico propietario, y hacia los arrabales la de la modestia del adobe y el ladrillo combado de tejera. La guadaña de la muerte, disfrazada de camioneta desbocada por la velocidad y falta de pericia del conductor, llegó pre-



Página del diario «La Democracia», con la escuela de Genarín

cisamente allí, en la frontera entre el barrio de San Lorenzo y la ciudad amurallada. Tras un choque brutal que aplastó el cuerpo contra el muro, el varón exhaló su último y agudamentoso suspiro. Finaba un hombre y comenzaba su leyenda.

El cadáver, como cualquier lector leonés ya ha podido adivinar, no era otro que el de Genaro Blanco, que ha pasado a la historia con el patrio diminutivo de «Genarín». Un jocoso grupo de cuatro amigos mezcló, en un crisol muy húmedo y local, diferentes dosis de socarronería, imaginación, esperpento, humor (vitriólico y cáustico), poesía, mala leche (por ácida), bufonería, y el ingrediente mágico de una «copina de orujo», para engendrar uno de los «mitos» y tradiciones urbanas que cuentan con mayor número de fieles seguidores entre el León contemporáneo y ateo. Para algunos es casi una devoción antirreligiosa y agnóstica en la que se eleva a los altares a un «antisanto» eminentemente cazorro.

No pretende este escrito narrar el relato legendario de la vida y hazañas del más célebre de los pellejeros, brillantemente escrito con fidelidad al mito y a la esencia genariana por Julio Llamazares con el acertado subtítulo de *Evangelio apócrifo del último heterodoxo español*¹. Lo que se quiere es ofrecer algunos datos de su existencia, que hasta el presente han permanecido bajo la capa gris y alérgica que el polvo deposita sobre la documentación inédita.

Quizás uno de los hechos que desencadenó su posterior fama fueron las circunstancias que rodearon a su propia muerte, atropellado por el camión de la basura en una fecha tan señalada en el martirologio cristiano como Viernes Santo. Además de la viva fantasía del cachondo cuarteto de evangelistas, la única versión histórica de la «pasión y muerte» de Genarín que se ha cotejado era la ofrecida por el *Diario de León* bajo el anodino epígrafe periodístico de: «Un hombre muerto por una camioneta»². Sin embargo, sus hagiógrafos y apologistas obviaron que por aquellos años, además del *Diario*, periódico «católico y de orden conservador y monárquico», se editaba *La Democracia*, «laico» y de «(des)orden izquierdista y republicano». Este rotativo, dirigido por el que posteriormente

sería alcalde de León, el socialista Miguel Castaño, también se hacía eco del trágico accidente de la carretera de los Cubos. El texto, transcrito íntegramente con minuciosidad de copista isidoriano, es el que sigue:

A las diez de la mañana aproximadamente venía por el Espolón la camioneta-automóvil del servicio de la limpieza, conducida por el chófer José María Sáez del Canto, de 19 años de edad, domiciliado en la calle de Puertamoneda. Al tomar la curva frente al arco de la Puerta Castillo para entrar en la carretera de los Cubos de las Car-

rreras, y sin duda por la velocidad que llevaba, el conductor perdió la dirección del coche y después de describir un rápido zig-zag fue a estrellarse contra la muralla, cogiendo por delante al conocido vendedor y comprador de pieles de liebre y conejo Jenaro Blanco Blanco, de 64 años, domiciliado en Puente Castro, que quedó aprisionado entre el vehículo y la pared. Tan graves lesiones sufrió, que debió morir instantáneamente. Para identificar el cadáver fue preciso separar la camioneta, la que por efecto del choque sufrió graves desperfectos.

Con el chófer, en la delantera del vehículo, iban los empleados de la limpieza José Díez García, de 30 años y Andrés Arias, de 27, que fueron curados en la Casa de Socorro, el primero de una herida de 4 centímetros de extensión, con desnudación (sic) de periostio en la región superciliar derecha y erosiones en la cara, de pronóstico reservado, y el segundo de una herida en la cara dorsal de la mano derecha, con sección de las dos colaterales del dedo pulgar y erosiones en ambas manos, de pronóstico reservado, aplicándoseles el suero antitetánico. El conductor resultó ileso.

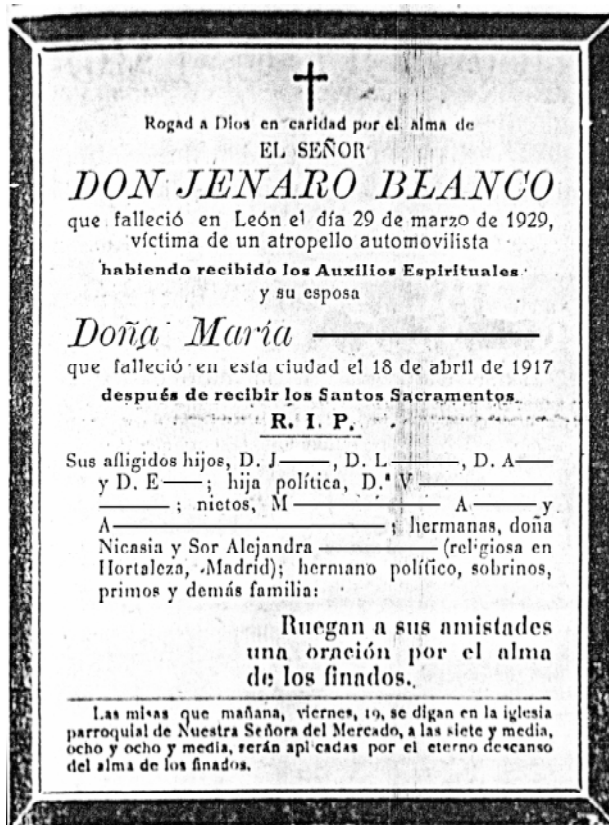
En el lugar del suceso se personó el juez de Instrucción en funciones Sr. Hurtado y funcionarios a sus órdenes, quien dispuso el levantamiento del cadáver, comenzando las diligencias propias del caso.

Parece ser que dos niños estuvieron a punto de ser alcanzados por la camioneta.

El conductor ingresó en la cárcel a disposición del Juzgado.

Muy de veras lamentamos lo ocurrido, enviando nuestro pésame a la familia del muerto especialmente a su hijo, nuestro buen amigo y operario don [J.] Blanco, que actualmente reside en Oviedo, a la vez que deseamos una rápida mejoría de los heridos.³

Aunque en lo básico las dos versiones periodísticas coinciden, son de reseñar ciertas diferencias y contradicciones entre ambas. A ello debe sumarse que cada uno de los cronistas fija su atención en distintos detalles y circunstancias, lo que viene a enriquecer los conocimientos que debería adquirir todo aquel que se tenga por discípulo del Patrón del aguardiente y único aspirante con posibilidades de usurparle a Baco su corona de hojas de vid. Ya en el mismo inicio del artículo se produce la primera divergencia. *La Democracia* acorta un algo la vida de Genarín, pues señala aproximadamente «a las diez» como hora del mortal accidente, mientras que *Diario* alarga la milagrosa existencia hasta «poco antes de las doce de la mañana». Así



Reproducción de la esquela de Genaro Blanco, *Genarín*, aparecida en el diario *La Democracia*. Dadas las particularidades de la leyenda que se ha tejido en torno al personaje y su «Entierro», se ha optado por «borrar» los apellidos de la esposa y cuñadas, así como los nombres de los hijos, nuera y nietos. Sus identidades personales nada aportan al presente artículo

mismo, el periódico de la zurda leonesa apunta ciertos datos interesantes para la reconstrucción definitiva de la trayectoria homicida del vehículo, describiendo el tipo de maniobra que el conductor efectuó: «un rápido zig-zag», que sin duda, la legión de seguidores de Fernando Alonso será capaz de vislumbrar a la perfección. En lo que coinciden los dos rotativos es en que el tránsito al mundo de los muertos sucedió sin sufrimientos, y en que debió fenecer de forma prácticamente «instantánea». *La Demo* o *El Demo* (como maliciosamente lo apelaba su contrincante diocesano) también ofrece la identidad y edades del dúo de involuntarios cómplices en el crimen de la Carretera de los Cubos, «los empleados de la limpieza José Díez García, de 30 años y Andrés Arias, de 27». Producto menor de la colisión fue que ambos «asalariados municipales» resultasen heridos. El anónimo redactor detalla un pormenorizado informe de daños que exuda la ininteligibilidad del lenguaje críptico de los galenos. El parte médico aclara, para tranquilidad de los lectores, que, quizás como medida preventiva, se les inoculó la inyección antitetánica. La versión de *La Democracia* también recuerda que, «milagrosamente» (quizás la primera intercesión sobrenatural del beato Pellejero), la catástrofe no fue mayor, pues «parece ser que dos niños estuvieron a punto de ser alcanzados por la camioneta». Por contra, el *Diario de León*, deudor de su credo católico, tranquiliza a su feligresía, esclareciendo que Genaro fue reconfortado con la administración del postrero

de los sacramentos, el de la «Extremaunción *subconditione*». Seguidamente hace una plegaria para que el Juez Supremo dicte una sentencia benigna para Genarín: «Dios en su infinita misericordia haya perdonado al difunto».⁴

Por último, aunque no menos importante, la duda sobre la auténtica y precisa edad de Genaro parece dilucidarse. *La Demo* cifra ésta en «64 años» cumplidos.

Hasta aquí la noticia.

Sin embargo, el historiador (en este caso, ¡y sólo en éste!, con muchas concesiones de historietista en el estilo) prosiguió tozudamente consultando las páginas de la publicación. Y fue entonces cuando, de modo casual, apareció, como sarcófago egipcio en el dédalo inextricable de la pirámide, el hallazgo. En un primaveral 18 de abril, a casi tres semanas del suceso que había conmocionado a la ciudad hasta en sus subterráneos cimientos romanos, en el confín superior izquierdo de la primera plana se veía, incólume tras el paso de las décadas, la esquila de «DON JENARO BLANCO / que falleció en León el día 29 de marzo de 1929», y por si quedaba alguna duda sobre la autenticidad del identificado, el rotativo proseguía, «víctima de un atropello automovilista».

Todas las esquelas son una rica fuente de información, ofreciendo al investigador datos familiares de dificultoso conocimiento. En este caso descubrimos un Genaro inédito: de estado civil viudo desde hacía una docena de años; así mismo, se revela el nombre de su compañera vital, su paternidad de cuatro vástagos (lo que en estos tiempos le convertiría en cabeza de familia numerosa), o su condición de abuelo de tres infantes (dos niñas y un niño) y cuñado de dos mujeres, una de ellas monjita en Hortaleza (Madrid).

El que esto suscribe tan sólo espera que estos datos, escritos en tono jocoso pero amable, sirvan únicamente para añadir una modesta contribución a la vida de fábula y esperpento del cuento genariano, una leyenda de la capital leonesa cuyo encanto y magia sigue embrujando a una variopinta multitud en la noche del Jueves al Viernes Santo con la inestimable colaboración de la poesía, y de una «copina de orujo».

* Juan-Miguel Álvarez Domínguez es licenciado en Historia y Periodismo.

¹ Julio LLAMAZARES, *El entierro de Genarín*, Endymion, Madrid, 1992.

² ANÓNIMO, «Un hombre muerto por una camioneta», en *Diario de León*, 30 de marzo de 1929, p. 8. El libro de Llamazares comienza con la reproducción, casi textual y casi íntegra, de la noticia publicada por el rotativo católico. (JULIO LLAMAZARES, *El entierro de Genarín*, Endymion, Madrid, 1992, pp. 11-12.)

³ ANÓNIMO, «El suceso de ayer», en *La Democracia*, 30 de marzo de 1929, p. 5. (Del nombre de pila del hijo sólo he transcrito la inicial, pues su identidad nada aporta al presente artículo)

⁴ Esta frase, penúltima del artículo de *Diario*, no aparece en el libro de Julio Llamazares (Op. cit., pp. 11-12.)